

## CAPITULO XIX.

### CÓMO LA TRAICION SE AMPARABA DEL SILENCIO Y DE LA SOLEDAD DE LAS ABADÍAS.

#### I.

A medida que salian de la espesura de los árboles frutales, se iba descubriendo mas espacio del edificio de la abadía, y al fin aparecieron tres grandes ventanas de igual tamaño, cuyas vidrieras estaban iluminadas al trasluz: pertenecian, en efecto, aquellas tres ventanas á la magnífica sala de Capítulo de San Benito el Viejo.

Estaban tan bajos sus alfeizares, que se podia ver desde afuera, sin empinarse, lo que acontecia adentro: impedíalo, sin embargo, la densidad de los vidrios coloridos que interceptaban la vista.

Encontró el rey una mira en un pequeño claro producido por la rotura de un vidrio, miró al interior, y se puso pálido de cólera.

La sala de Capítulo estaba iluminada por su gran lámpara de hierro, cargada de velas de cera, y por los candelabros, cargados



tambien de velas, de una larga mesa cubierta con un tapete de velludo carmesí con adornos de oro, teniendo detrás, y sobre sí, un dosel, en el que se veía un gran crucifijo de tamaño natural.

## II.

La sala era marcadamente bizantina y de un gran lujo, dorada y pintada la piedra, labrada peregrinamente, con grandes tablas en que se veía pintada la vida de San Benito y con una orla sobre los sillones capitulares, que eran de roble, primorosamente labrados, cuya orla se componía de retratos de los sucesivos abades mitrados de San Benito el Viejo, cuya fundación se remontaba á los tiempos del señor de Valladolid, el conde don Pero Ansurez, fundador del monasterio.

La techumbre, de roble primorosamente entallado, dorado y fileteado, era un tesoro artístico.

Los monumentos de tal género se han perdido casi todos: el tiempo, único revolucionario que reconocemos, los ha destruido, sepultándolos en el caos de lo pasado.

## III.

Lo que habia hecho palidecer de cólera al rey, era el haber visto que en la gran silla abacial, y presidiendo á todos los hombres que con hábitos ó sin ellos se encontraban allí, estaba el mismo que el dia anterior por la mañana se habia llamado su grande amigo, su lealísimo vasallo, y le habia prometido ir en persona con su estandarte y con sus lanzas á combatirse con los aragoneses que, proclamando á los infantes de la Cerda, se habian entrado por el reino de Leon.

Este caballero era don Juan Nuñez de Lara.

A su derecha tenia á don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, alférez mayor del rey y comendador de la órden del Templo.

Y á su izquierda, su hermano don Juan Alfonso Lopez de Haro.

Por bajo del estrado, donde estaban estos sillones con estos señores, en escalon mas bajo y á una regular distancia, delante de una barra que corria á lo ancho de la sala, habia la larga mesa con cubierta de velludo carmesí de que hemos hablado, y sentados á sus dos extremos, como secretarios, vió el rey á Martin Gil de Aguilera del un lado, miserable ingrato que debia la vida á doña María Alfonso de Molina, que le salvó del furor de su esposo Sancho IV.

—Hé aquí lo que se gana con favorecer traidores, exclamó el jóven rey; el traidor va siempre á la traicion como el rio va á la mar.

Al otro extremo de la mesa, y tambien como secretario, vió el rey á don Lope Gonzalez de Aytona, mayordomo del infante don Juan Manuel.

—¡Viene por sí ó por su señor! exclamó acreciendo en su cólera el jóven príncipe.

Y continuó mirando y reconociendo á los que en la sala habia.

A la derecha de don Diego Lopez de Haro, estaba don Frotardo Sanchez de Villamanrique, abad mitrado de San Benito.

A la izquierda de don Juan Alfonso Lopez de Haro, vió á don Nuño Gonzalez de Lara.

A la derecha de don Frotardo, á don Remon Falque, señor de Cardona, marido de doña María Alvarez, hija de don Juan Alfonso Lopez de Haro.

A la izquierda de don Nuño Gonzalez de Lara, á don Juan Alfonso de Alburquerque, alférez mayor de Portugal, venido á Castilla con la reina doña Constanza.

Todos estos señores ocupaban las sillas del frente de la sala de Capitulo.

A la derecha y á la izquierda habia monjes y caballeros, á



los cuales no conocian ni el rey ni el conde, que atisbaba tambien á través del vidrio roto.

## IV.

Cuando el rey llegó y se puso en acecho, llevaba la palabra don Juan Nuñez de Lara.

—No hay espera que prudente sea, decia; apoderado se há del ánimo del rey el infante don Juan, la reina le escucha y se somete á sus consejos, y nada bueno podemos esperar de un hombre que todo lo quiere para sí: la ocasion no puede ser mas propicia: don Jaime II rompe con un ejército, acaudillado por el infante don Pedro, su hermano, por las fronteras del reino de Leon, trayendo consigo á don Alfonso de la Cerda, y proclamándole rey de Castilla; camina hácia Mayorga, villa cuya posesion importa mucho, porque puede ser el abrigo de un ejército que amenace á Castilla. El rey de Portugal se entra por las Estremaduras; el rey de Francia se pone sobre la frontera de Navarra; el rey de Granada amenaza de una parte á Tarifa y Algeciras, y de otra al reino de Jaen: ¿con qué cuenta doña María para repeler toda esta tempestad que se la viene encima? Con nuestras lanzas, caballeros. ¿Y qué ha hecho la reina para merecer nuestra ayuda? ¿por qué, si quiere favorecernos, favorece al infante don Juan contra todos nosotros, y contra el tutor del rey el infante don Enrique? Pues qué, ¿no sabemos lo que es el infante don Juan? ¿no sabemos que su lealtad al rey es un antifaz con que encubre su ambicion? ¿que su único objeto es apoderarse de la corona por un golpe de mano, y que si esto logra, para asegurarse por medio del terror, no dejará sobre nuestros hombros nuestras cabezas? ¿Habrà quien dude de que ha llegado el momento de que sostengamos á don Alfonso de la Cerda, cuya legitimidad es notoria, como hijo de bendicion del infante don Fernando, hijo primogénito del señor rey don Alfonso? ¿Y hay quien desconozca que el rey, así como sus hermanos, está,

segun nuestras leyes y libres fueros y costumbres, escluido de la sucesion á la corona, á causa de bastardía, puesto que no se han dispensado por el Santo Padre los parentescos que anulaban la union de don Sancho y doña María, haciendo de esta union, no un consorcio legítimo, sino un amancebamiento?

## V.

Rugió sordamente el rey, y el conde don Lope hubo de asirle para que, rompiendo la vidriera, no se lanzara dentro de la sala.

—Estáos quedo, señor, dijo el conde; nosotros somos dos y ellos muchos; no deis un gran dia de triunfo á los traidores, que tal vez os mataran si en esta ocasion entre ellos os vieran.

—¡Oh! ¡infames! ¡infames! exclamó el rey: conspiran contra nosotros y están cargados de nuestros beneficios: teneis razon, mi buen tio, es necesario matar, matar, y siempre matar.

—Pero en buena ocasion y en buen tiempo, señor, dijo el conde; cuando la sangre de los traidores no pueda producir retoños: continuemos, continuemos escuchando.

## VI.

Al decir sus últimas palabras, interrumpió don Juan Nuñez de Lara su discurso como para darle mayor efecto, y estuvo callando y como quien descansa de un vigoroso esfuerzo todo el tiempo que emplearon en su breve diálogo el rey y el conde.

—Por la atencion con que me escuchais, continuó don Juan Nuñez de Lara, pareceme que encontráis razonable todo cuanto he alegado.

—Sí, sí, sí, se oyó acá y allá en las bocas de todos sordamente.



—Cuando los pareceres son conformes, dijo don Juan Nuñez, es inútil insistir en la conveniencia de lo que debe hacerse; paréceme que ha llegado el caso de contar nuestras fuerzas. ¿De cuánta gente de guerra disponeis, don Diego Lopez de Haro?

—Mi mesnada y la de mi hermano don Juan Alfonso, contestó el señor de Vizcaya, montan á trescientos hombres de armas, doscientos rocines y dos mil peones.

—Bien, dijo don Juan Nuñez; á esto pueden añadirse los quinientos hombres de armas y los tres mil ballesteros de las mesnadas de mi hermano don Nuño y mía: ahora bien, don Juan Alfonso de Alburquerque: ¿con cuánta gente de guerra viene vuestro amo el rey de Portugal para cobrar el pleito que trae con la reina doña María, sobre villas y castillos en Estremadura, como dote de su hija doña Constanza?

—El rey, mi esclarecido é invicto señor, contestó con una inflada prosopopeya Alburquerque, trae seiscientos feroces caballeros, espanto de quien los mira, y seis mil terribles ballesteros, con muchos y buenos ingenios y máquinas de guerra; y en verdad os digo que tal y tan buena gente es, que aunque el rey mi señor no tuviera quien con él se ligara para este hecho, de la propia manera vencería, y quizá mas prontamente.

—Nadie pone en duda, dijo don Juan Nuñez de Lara, la gran pró, los grandes merecimientos y el prepotente esfuerzo de los hidalgos portugueses; pero tanto mejor si á esos leones se agregan algunos miles de perros de presa. Veamos ahora, señor Remon Falque, señor de Cardona, con cuánta gente viene en nuestra demanda el señor rey de Francia.

—Trae su señoría, contestó el catalan francés, ochocientos gendarmes, trescientos ginetes y diez mil peones.

—¿Y qué noticias se tienen de la gente que trae el rey de Aragon, abad don fray Frotardo?

—Poca caballería, pero buena, contestó el abad: ocho mil ballesteros montañeses y gran fuerza de máquinas de guerra.

—¿Y qué ayuda nos envía el rey de Granada, don Lope Gonzalez de Aytona, que segun creo andais trayendo y llevando cartas al infante don Enrique?

—El rey de Granada, contestó Aytona, no nos envía gente: en Castilla se mira mal á los moros por la desconfianza que de ellos se tiene; pero moverá guerra por el Andalucía, y pondrá cerco á Tarifa para entretener por allá á las fuerzas de don Alfonso Perez de Guzman y á las de la caballería de Santiago.

—Veamos, veamos cuánta gente resulta, dijo don Juan Nuñez de Lara.

Martin Gil de Aguilera, uno de los secretarios que habia ido anotando el número de la gente de guerra enunciada, halló que toda ella sumaba veintitres mil doscientos hombres, divididos en la forma siguiente: mil setecientas lanzas, quinientos ginetes y veintiun mil peones, con gran número de máquinas de guerra.

—Pues ¡sus! dijo don Juan Nuñez de Lara: no esperemos ni un momento mas.

Y se levantó.

—Todas las palabras que se dijeren serian inútiles; levátemos nuestros campos esta misma noche los que los tenemos cerca de Valladolid, y marchemos sobre Mayorga.

—Marchemos, exclamaron todos.

## VII.

En aquel momento se oyó un estruendo, un estrépito especial: la mitad de una vidriera de la ventana del centro habia venido á tierra, y por ella habia saltado, dentro de la sala, el conde don Lope Diaz de Haro.

Se habia echado atrás la capucha, habia desembarazado su brazo sin mano de la manga del hábito, y en medio del estupor general, porque la mayor parte de aquella gente, que le conoció en otro tiempo, le habia reconocido, en particular sus dos hermanos y don Juan Nuñez de Lara, exclamó con voz potente, entrecortada por una carcajada convulsiva:

—Sí, sí, llevad á cabo una nueva traicion; id sobre Mayorga; allí os esperan la ira y la maldicion del Señor.



Aún no había acabado el conde de pronunciar estas palabras, cuando la sala se quedó completamente desierta.

Todos habían huido: para todos, el conde don Lope Diaz de Haro era un muerto levantado de su tumba, un aparecido.

## VIII.

Apenas impulsados por el terror habían dejado libre la sala de Capítulo los conspiradores, saltó dentro de ella, pálido y demudado y con todos los signos fisiológicos de un león hambriento, el rey don Fernando IV.

Habían quedado sobre la mesa los pergaminos en que habían escrito los secretarios.

El rey se apoderó de ellos.

—¡Ah! dijo: aquí tengo sus cabezas.

—No podeis cobrarlas todavía, exclamó el conde; dejad, dejad que fructifique en ellos el terror que les ha causado mi aparición: irán sobre Mayorga, sí, pero irán aterrados, desalentados, y cuando nos metamos entre ellos, los mataremos como ovejas. Salgamos de aquí, y salgamos cuanto antes, señor; dejad, dejad ahí esos pergaminos, que para nada nos sirven; es necesario que no vean nada que destruya el pavor que les ha causado mi aparición; seguidme, yo os lo ruego.

El rey siguió al conde don Lope, que volvió á salir por la vidriera rota, así como el rey.

Atravesaron la huerta, tan solitaria y tan silenciosa como antes, llegaron á la gruta de verdura y entraron por la mina.

—Y bien, dijo el rey; mañana verán este agujero abierto en esta espesura, penetrarán por él y llegarán hasta mi alcázar.

—Este agujero, señor, puede cerrarse aparentemente con las mismas ramas de la espesura, y no repararán tan fácilmente en ello.

Y el conde, asiendo las ramas de los costados, destegiendo hiedra, hizo como si dijéramos un zurcido en aquel rompimien-

to, cobró la antorcha que había dejado arrimada á la pared, y se perdió con el rey en el fondo de la tenebrosa mina.

## IX.

Era el amanecer cuando el rey entraba en su cámara y se recogía, y el conde don Lope, por la galería de los Apóstoles, entraba en la mina que conducía á la ermita de Nuestra Señora del Cármen.

En aquel mismo punto levantaban sus campos don Juan y don Nuño de Lara, don Diego y don Alfonso Lopez de Haro, y dejando á Valladolid, marchaban en abierta rebeldía á unirse al ejército aragonés, que estaba ya dentro del reino de Leon.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.